

El donjuanismo

como conocimiento

Escribe: ERNESTO CORTES AHUMADA

Es grandioso admirar un ser terrenal, pero terrible serlo.

Buda

Cuando la gente de inteligencia inferior oye hablar de Tao, se echa a reír; pero si no se echasen a reír no existiría Tao.

Laot-Se

¡Don Juan! ¡Como un estudiante! ¡Como un infante! ¡Como un pirata! Se trata, por tanto, de pensar sobre el donjuanismo. Pero no bien acabo de escribir esta palabra, o mejor todavía, de balbucir una meditación acerca de esta perspectiva dinámica y en extremo viviente, porque aún sin saber nada de él algo de nosotros se dispara en emotivas tensiones y sensuales distensiones, cuando caigo en la cuenta de que el tema es sumamente complejo. No solo porque es, como todo lo humano, un tejido muy fino de varios hilos diferentes, sino porque existe, confundiéndose con él, interponiéndose entre su verdadera imagen y nosotros como en velo opaco, otro donjuanismo: un donjuanismo que, al encenderse con el calor de lo formal, también baja a las cabañas, sube a los palacios y deja en todas partes memoria amarga de sí. Merodea, en efecto, un tal donjuanismo —y llamémosle así, por ahora— europeo, americano o asiático, últimamente justificable, en torno al Burlador; mas en el fondo apócrifo y por lo mismo, susceptible de continuas y grandes escenas equívocas. Y el caso más representativo es el del señorito de salón, el cual no obstante ser tan amigo del *flirt*, tan propenso a llevar “por doquiera que va” el escándalo consigo, resulta el fenómeno más artificioso que presenta la historia del donjuanismo. Al fin y al cabo, ¿no se hace, como lo atestiguan antiguos dibujos egipcios, a la hiena y al guepardo dóciles animales domésticos?

A primera vista nada aparece más digno del Burlador que estos inocentes y vistosos donjuanes de salón. A Don Juan, incluso a un don Juan de muchos visos y campanillas, se le puede improvisar; al donjuanismo, no.

Quiero decir que aquel solo es posible como consecuencia de este. Cada cual nos hemos sentido alguna vez en la vida un Don Juan; acaso para esquivar el vacío íntimo de ciertos momentos y, por eso, nos hemos alistado bajo la bandera de un amor frívolo. Esto es el Burlador de salón: hacer estallar en luces de artificio los mandatos imperiosos de la pasión. Queramos o no, a veces somos, pues, devotos de la figura legendaria, de la sombra ilustre, sobre cuya última substancia dibujamos un escorzo espectral. Pero de aquí a estar poseídos de un donjuanismo *religiosus*, o sea completamente "escrupuloso", va la distancia que hay, por ejemplo, entre las funciones de mandar y obedecer. Ahora bien, decía que ese don Juan de salón es el más impuro Burlador, no obstante parecersele tanto. ¡Hasta casi en su más íntima intimidad! Y, sin embargo, son muy diferentes. Precisamente debido a que Don Juan no fue jamás vanidoso. Y esto es precisamente lo que a todo momento hace el otro: partir de la vanidad, proceder mediante la vanidad y terminar en la vanidad.

Mas, a todas estas, ¿en qué consiste el ser hombre vanidoso? O al revés, ¿el hombre vanidoso consiste en hacer nada suficiente? Bastante obvio resulta el juicio, pues hay una especie de unanimidad o consenso en la noción de vanidad. Su nota más vigorosa y puntual, la que mejor le define, estriba en su absoluta incapacidad para bastarse a sí mismo. El, para vivir, exige de los demás un plebiscito afirmativo, un voto de confianza permanente que, al uso de una asamblea política, dé validez, forma y sentido a cada uno de sus actos. Muy pronto, uno termina viendo frente a un vanidoso todas sus intimididades, como ve las de una casa de estas modernas que se vuelcan sobre la calle. A toda costa, solicita la atención de los demás, aun a trueque de darse en grotesco espectáculo. Dándose cuenta hace de su vida un foco de esplendor, como una colmena iridiscente donde las millonarias abejas de la atención se pasan circundando sus flancos mórbidos y deleitables. La razón de ello es muy sencilla. Todo vanidoso comienza por hacer de su alma un área vacía, a fin de que depositemos nuestra curiosidad, y más que nuestra curiosidad, nuestra aprobación, nuestro aplauso. Así, es de sobra natural que su existencia quede embellecida con "mil nada". No cabe hablar aquí de una disociación del alma, como es el caso del orgulloso, cuyo ser se transforma en dos almas: una, la esencial, interna, privada, férreamente agarrada a su yo; y otra, externa, sopeada, pero siempre con los ojos puestos en la intimidad de la primera. Todo lo contrario. El alma vanidosa, levantándose sobre sí y llevándose en vilo, se trastea hacia la periferia y monta allí, entre decorados de calidoscopio y marchas de pavo real, un espectáculo incuestionable. Diríase de feria. Lo cual equivale a reconocer la necesidad del público: de los otros, de los que están más allá, de la gente, ya que de este tenor son sus razones: "el público necesita una cosa; por consiguiente, se le suministra dicha cosa; o se le suministra una cosa al público, por consiguiente la necesita". Sería asunto temerario poner en boca de un vanidoso la plegaria del himno védico: "Haz que las veamos, ¡oh, Varuna!", pero, sin duda, una vislumbre de ella musita. Solo que la intención es inversa. No para servir, sino para servirse, por así expresarlo, resplandeciendo de pajaril frescura.

Con todo esto no creo, sin embargo, haber demostrado que Don Juan, el auténtico, no era vanidoso. Y, por tanto, el donjuanismo. Porque en el

libro famoso todo parece contradecir lo que yo, humildemente, voy aquí afirmando. El Burlador vive allí, lo mismo que el vanidoso, para la escena, para el espectáculo. En principio, no existe ningún acto de los suyos, de los cuales no pueda vanagloriarse, esto es, de llevar en su máxima expresión hasta los demás. Más aún: el drama comienza con una liza verbal, donde se prueba que “nadie ha de hacer lo que hará don Juan Tenorio”. Es sorprendente ver hasta qué punto increíble Don Juan vacía, frente a don Luis Mejía, la Caja de Pandora de sus inmarcesibles andanzas. Nada, nada deja en el desván de su sigilo. Que lo íntimo salga, y lo externo, sin dejar de serlo, sea íntimo... Y esto, porque Don Juan era, a primera vista, un hombre con “vocación de árbol”. Mas todo ello es un error; naturalmente, un error de interpretación. Porque vamos a ver..., ¿cuál era el público de Don Juan? ¿El capitán Centellas? ¿Su rival, don Luis Mejía? O, por ventura, ¿don Gonzalo de Ulloa, comendador de Calatrava y, por si fuese poco, *convidado de piedra*? No. Llanamente, claramente era Doña Inés. Esto es, la mujer. O sea el “eterno femenino”. El Burlador solo sabe de mujeres. Al fin de ellas su mundo se hace convexo y pierde profundidad. He ahí su horizonte vital —el perfil de sus sentimientos sus ideas mayores, sus intereses ingentes—. En cierto modo, frente a ellas no hace sino perder terreno: después de años y años de ocuparse en ellas sus conquistas fueron, en rigor, negativas. ¡Tan pronto las conquista como las deja! Pero, conste: Don Juan no fracasa. Si abandona a una determinada, es porque toma a la “mujer ninguna”, es decir, a todas y a ninguna en particular. Y... ¿qué hace con todas ellas? Pues ser a la vez, una flecha de caza y de guerra. ¡Ah! Y hacer de su porfía, del afán de contar sus triunfos de faldas una máscara de discreciones y de silencios. Ninguna mujer sabe de sus victorias, porque en el momento de apurar una determinada permanece donde no permanece el vanidoso: en el fondo de su alma, en la oscura intimidad de su sigilo furtivo. Cuando el rey, atraído por los gritos de la duquesa ofendida, pregunta qué sucede, contesta: “¿Quién ha de ser? Un hombre y una mujer”. A la misma Isabela le replica, cuando en la noche se le acerca y le pregunta quién es: “¿Que quién soy? Un hombre *sin nombre*”.

Y uno se pregunta: ¿por qué don Juan, gozando como pocos de revivir imaginariamente sus hazañas de caza y casa, calla, enmudece como un monje cartujo, sí, por qué calla acá, en el momento de dar razón de sí mismo? Muy lógico. Porque no era vanidoso. En vez de explicar, trata de entender, es decir, que no se lanza fuera de su ámbito humano. Es de sobra esperable que, en pareja situación, un Don Miguel de Mañara hubiese exclamado, de ser vanidoso: “El mundo no se acaba, ¡mal rayo me parta! ¿Que quién soy? El único que puede ser más que Don Juan, soy Miguel de Mañara”. Luego puede responder con estas u otras parecidas palabras; pero ahora, cuando está en *forma* ciertamente no. Una vez prisionera la pieza, ¡que vengan, Señor, todas las vanidades posibles! Se trata de la superioridad del Tenorio, de la del hombre dedicado por entero al donjuanismo, en contraste con el otro, el tenorio vanidoso, quien “solo puede dedicarle unas semanas al año”. Y esto es lo superlativo de Don Juan: es —¡cómo no!— saber callar a tiempo. “Yo no he de salir de casa; / ya escogí esta religión / para sepultar mi vida: / por eso soy discreción”,

dice La Discreción, en *El gran teatro del mundo*. Don Juan es, pues, esencialmente problema y tarea cerrada, en cuya vida procelosa bracea, naufraga la vanidad. Y su rito sutil se llama donjuanismo.

No conviene, por tanto, minimizar el asunto. Quien se arroje, al interpretarlo, por la pendiente de la vanidad da de bruces con teorías que apenas pueden apoyarse en esta. Por ejemplo Marañón, cuando considera el caso de Don Juan como una virilidad equívoca: un hombre indiferenciado, un varón entre comillas. Y, buscando asertos a su teoría, nos habla del cuidado minucioso de su vestido y de la llamativa exageración de este. Pero eso es, justamente, la vanidad. Seguramente exista un tipo físico de la morfología donjuanesca. Mas no será jamás definible solo por las prendas de vestir. Yo he conocido hombres a la Brummel y, no obstante su refinamiento en el porte —pañuelos de batista, camisas de Savile Row, corbatas de Washington Trembett, etc.— del todo misóginos. Decir, en consecuencia, que el hombre de exagerada corrección en la ropa es un Don Juan, equivale a algo así como a sostener que el tigre es fiera porque su piel es de tal o cual color. Claro está que nos vestimos de una forma, y no de otra, debido a que nuestra alma viste de igual modo. No trato de discutir esto, entiéndase bien. Lo que trato de hacerme cargo —y de que el lector se haga cargo— es de que la primera ocupación, el primer oficio y trabajo del tenorio no es la vanidad... Digo simplemente que se sirve de ella, como Elías se sirvió del carro de fuego. ¡Hay que ser heroicamente otra cosa —en este caso, Don Juan y su donjuanismo— para dominar, *siéndola*, la vanidad!

Sucede que el personaje de Tirso de Molina y de José Zorrilla ocupa, junto con otros cuatro, la cima de las máximas creaciones de occidente. Son ellos, a mi juicio y en su orden, Edipo, Don Quijote, Fausto, Hamlet, y como es natural, Don Juan. ¿Serán, acaso, simples apariciones literarias? En realidad significan mucho más. Como dice Hans Egon Holdthusen, con otro propósito distinto al que vengo exponiendo, “su existencia es de naturaleza simbólica: son imágenes de la humanidad subyugada por su destino”. Esto quiere decir que Edipo, por ejemplo, no es griego, y no es griego, porque a su vez, es español. Y no es ibérico porque, de un pueblo europeo al otro, es igualmente galo. *Benevolentium concertatio, non lis inimicorum*. Sobre los pueblos de occidente predominan, con absoluta vigencia, determinadas situaciones comunes, espirituales y anímicas que los amparan y sostienen. Son creencias sobre la vida y el cosmos, principios éticos, normas de derecho, estados de ánimo. En una palabra: la *concordia* occidental. Y esta concordia, desde luego, muy lejos está de ser política; por tanto, algo que a nadie se le ha ocurrido sostener ni mucho menos de llevar a las urnas. Existen por cuenta propia, en forma de vigencias determinantes de la comunidad cultural. Por eso en estas cinco figuras legendarias sus creadores, desde Sófocles hasta Goethe, no han hecho sino definir la definitiva substancia de esta parte del globo. ¡Edipo, o la inculpación trágica, mítica y poseída de Dios: el “traidor de una manera santa”! ¡Don Quijote, o la “catástrofe noseológica”! ¡Fausto, o la soberanía de la conciencia humana! ¡Hamlet, o el *phatos* titánico-demoníaco de la duda, esto es, la negación creadora! ¡Don Juan, o ...! En occidente existe, en efecto, tanta

trabazón entre fórmulas como *cogito, ergo sum*, o su husserliano complemento *ego cogito-cogitata qua cogitata*, y *to be or nor to be*, que vienen a significar pasión de conocimiento, cuya entrega es de vida o muerte.

Otro será el momento para hablar detenidamente sobre esta pasión de conocimiento. Por ahora basta subrayar lo siguiente: todos estos héroes, incluso la comicidad de Don Quijote, son de naturaleza trágica. Esta es la cuestión decisiva. Al escribir y al hablar el occidente, por mano y boca de sus héroes epónimos, al mantener su razón abierta al imperativo consciente, lógico, busca, por el "transporte trágico", la verdad. Siempre y dondequiera, estos símbolos titánicos exhiben su condición de ser personajes *antitheos*. Evidentemente, su ansia de saber devorador, su conocimiento insaciable, su crepitar de breñas pensantes prende lumbres cuyos lengüetazos alcanzan a calcinar el cielo. Y en la línea estallante, rotunda, de sus brazos, cual vividos y vivientes bronce de Myron, contienen el brío y el esfuerzo de la "ira del mundo". Pues estos sobrecogedores hombres —Edipo, Don Quijote, Fausto, Hamlet— máximamente trágicos, estos hombres de sobrehumana voluntad concedora, por eminentemente humana —y los cazadores de paradojas y contradicciones no vean en esto una más— siempre han sido iguales: voraces, arriscados y soberbios bebedores de la verdad.

Así Don Juan. Pues frente a todas las teorías que hacen de él una figura vanidosa y, por lo mismo de trasluz, hay que levantar una que lo eleve, desde la servidumbre de su gleba, hasta la jerarquía del conocimiento (1). Que ella sea la *hybris* de sus acciones y reacciones; que su auténtico infierno consista en desafiar, por sí y sin más, el golpe destructor de los dioses. Y que nos haga ver, en cambio de un episodio bonito, su vida como un hecho terrible. Dicha teoría es la de Don Juan *concedor*. Para evitar equívocos lo primero que se debe aclarar es que no pertenece a la

(1) La teoría que acá expongo, o sea la de que el donjuanismo constituye todo un sistema de conocimiento reflexivo —conocimiento reflexivo de "situación límite", se entiende— carece de piso según la *sicología subjetiva*, es decir, de acuerdo con la que hace ante todo una valoración biológica del prójimo, pues Don Juan así sería un "tipo" extrovertido, ágil, activo, vivaz. Por eso, sea dicho entre paréntesis, mi afán de poner una valla infranqueable entre el Burlador y la vanidad, que viene a ser como el *summum* del tipo extrovertido. Pero la *sicología subjetiva* es ilusoria, insuficiente y equívoca. No se basa, con efecto, en la observación y la experiencia. Ella no da para tanto. La *sicología objetiva*, por el contrario, confirma mi tesis. Conforme va penetrando en casos más reales, más humanos, más "personales", aumenta su finura, su precisión y claridad. ¿Por qué? Porque en ella la diversidad no es extraña a la homogeneidad. Antes, esto es, conforme a la *sicología subjetiva*, el tipo activo —por ejemplo— era solo el apasionado. Y esto es precisamente lo ilusorio. Que el tipo activo puede ser también menos apasionado, mientras el temperamento reflexivo presenta a veces extraordinaria intensidad de pasión. Sin embargo, contra esta tesis seguramente podrían argumentarse las palabras de Dimitri Karamazov: "Con todo, señores, la sicología se parece, aun cuando sea algo muy profundo, a una espada de doble filo". Cierto; mas ¿cuál puede ser la razón para que sea tal cosa? Yo no veo otra sino esta: se debe a que el objeto de su estudio, el hombre, es precisamente esa arma. Por eso, la *sicología subjetiva* tiene un filo apenas; la otra, en cambio, posee dos. El valor, pues, de la *sicología objetiva* consiste en estudiar al hombre tal como es, sin asustarse frente a los tipos contradictorios y extraños, como sería, visto a la luz de la primera, el Don Juan. De todos modos si alguien desea ahondar el tema le recomiendo la lectura del libro de Furneaux Jordan: *Character as seen in body and parentage*. Jordan no habla, claro está, del donjuanismo, pero estudia la intensidad de pasión en los temperamentos reflexivos. Y esto sin meterme con la obra de C. G. Jung... Y basta.

estirpe de los caviladores, de los que avientan puros pensamientos, como Hamlet. Otro será, en consecuencia, su conocer. Sus "conquistas" nos revelan un peculiar "conocimiento", una índole de conocer diferente. Resulta que en la vida del hombre existen "situaciones límite" (Jaspers) o sea situaciones que son irrevocablemente referidas a nuestra existencia y que, por tanto, marcan sus confines. Sean las que fueren, no cabe duda de que la angustia tiene la virtud de conducir a la criatura humana hasta los modos esenciales de la vida. De ahí que de ella partan algunas filosofías para alcanzar la médula de la existencia. Sin ponernos a averiguar si la angustia erótica, porque de ello se trata justamente, está o no incluida entre los pecados capitales —"gula", "tristitia", "concupiscencia", etc.— lo cierto es que ella abre también, a fuerza de ser angustia claro está, la perspectiva del abismo vital; con ella, en efecto, el hombre posee la intuición de su propia substancialidad. En este sentido ella arranca al hombre de la vida banal, cotidiana e impersonal que posee el vivir. Ya que constituye uno de los medios de que dispone para abandonar la vida periférica, llámesele *man* o *salaud*, o simplemente hastío. No en balde se ha querido, deformando su sentido primordial, elevarla a la máxima fuerza creadora e impulsadora de la cultura. Pero evitando llevar a tal grado de exageración su papel, cabe suponer que mostrarse angustiado, eróticamente, ni más ni menos que como el Burlador, es encontrarse de manera irrevocable en lo más íntimo de la vida. O, en otras palabras: esta angustia desnuda, arranca muchas máscaras, muchas fachadas "ideales" a la persona. Esto es, que la deja descubierta: desvelada, casi al borde de la sima existencial. Por lo cual lo erótico crea la humanización del instinto, que, en el hombre actúa no tanto por "la especie" cuanto por "humano". De manera que Don Juan está frente a la mujer, como el torero, condenado a la proximidad, y también como el torero, al peligro que entraña este acercamiento. Tal es el drama sobrecogedor entre las relaciones Don Juan-mujer.

Y a la luz de esta "situación límite" se viene a descubrir algo de extraordinaria importancia, a saber: que no solo la razón y el sentimiento —una concepción del sentimiento como *Ganzheitsqualitat*— tienen capacidad cognoscitiva, sino que la tiene igualmente la sensación, aunque, claro es, de otra manera —cosas estas dos últimas— que conviene dejar muy en claro, pues de lo contrario sería arrimarse al parecer de San Buenaventura y Scoto, cuando afirman que el amor no tiene capacidad cognoscitiva. "El amor es ciego", canta el refrán popular. Y, sin embargo, cuántas cosas secretas no del otro, sino de uno mismo, y de él también: ¿por qué no?, calladas e íntimas se aprenden. Ciertamente que por este camino se ha llegado siempre al orgullo de la criatura, o, si se prefiere, a lo satánico. Lo cual equivale a advertir que arrasa cualquier concepción estoica del espíritu y obstaculiza el aislamiento y, en consecuencia, la identidad abstracta. ¡Qué le vamos a hacer!..., esto es el donjuanismo: vida sensitiva y sensorial que, aparte de consumirse a sí misma, se rebela; en ella la razón y el sentimiento dudan de sí, de manera demoníaco-radical. Don Juan, con efecto, a nombre del instante, del flúido indócil que es su vida, se subleva contra la eternidad, o sea en el fondo contra su propia vida, pues "lo eterno es lo presente". Y esto, sea dicho solemnemente, es lo que hace del formidable perseguidor de Doña Inés, de Isabela y de cuantas en el mundo han sido mujeres de un héroe cristiano. Lejos, por tanto, de ser un beato de la va-

nidad; lejos de tomarse la vida como una existencia fraguada entre grillos y cadenas, no obstante su intensidad de llaga y de cilicio y de alarido, la vive en la libertad de las libertades; y lejos de ser "una nada siendo" que no elige, que no lleva hacia el ciclón cuanto va a la eternidad, se manifiesta como fuerza, como principio, como aquello que debe ser negado. Queramos o no, tenemos que reconocer en Don Juan, el genio de la inmediatez sensual; sí, una especie de Prometeo cuyo *conocimiento* de lo inmediato lleva hasta el último latido. Por ello su libertad es audaz, terriblemente trágica. Pero —¡ahí está la razón de su sin razón!— ella proviene con su asombro y su fragancia de que es un "héroe buscador", insuflado de cristiano albedrío. De ahí, pues, la voracidad de su heroísmo: con sus huellas de cielo e infierno juntos. ¡Hélas aquí, en el corazón de Don Juan de Tenorio!

"El cristianismo ha traído al mundo —afirmó el cristianísimo Kierkegaard— la sensualidad".